

ESCAPADA

DESTINOS SINGULARES PARA VIAJEROS QUE DISFRUTAN DE EXPERIENCIAS AUTÉNTICAS.



PARATY

UNA PERLA BLANCA

ROMÁNTICA Y SOFISTICADA,

esta ciudad histórica al sur de Río de Janeiro combina la arquitectura colonial con las aguas verdes de la bahía.

Por Silvina Pini Fotos de Mario Cherrutti

LA FAMOSA CAPELA DE NOSSA
SENHORA DAS DORES.

P

ensar en Brasil es pensar en playas, una evocación inevitable provocada por los 8 000 kilómetros de litoral.

Este país posee la costa tropical más grande del mundo: bahías, restingas, barreras de arrecifes, acantilados, cerros cargados de vegetación y dunas se suceden de norte a sur. Pero muy pocas ciudades, más precisamente sólo tres, combinan playa con historia: Olinda, Salvador de Bahía y Paraty.

Llegar a Paraty después de recorrer 260 kilómetros desde Río de Janeiro es dejar atrás el siglo XXI y entrar en un ritmo antiguo, el que

se hace de a pie. La circulación de autos está prohibida dentro del casco urbano que comprende unas 30 manzanas. Sus callecitas angostas no son aptas para tacones: piedras irregulares, traicioneras, obligan a mirar para abajo y, así, demorar más de la cuenta para no perderse nada del encanto de esta villa detenida en el tiempo.

El origen de Paraty se remonta a 1667 cuando se separó de su vecino Angra dos Reis y tomó el nombre de su santa patrona, Nossa Senhora dos Remédios de Paraty. Tuvo un pasado próspero, primero gracias a la caña de azúcar —llegó a tener 250 ingenios— y luego debido al oro y las piedras preciosas que venían desde Minas Gerais y partían desde aquí a Lisboa. Pero, los constantes ataques de piratas obligaron a cambiar la ruta, y Paraty cayó en el olvido desde 1800 hasta casi 1970, cuando, con la construcción de la autopista Santos-Río de Janeiro, fue redescubierta por los turistas.

Seguramente este letargo involuntario ayudó a su conservación y llevó a que la UNESCO





EN LA VILLA DE PARATY LO
COMÚN SON LAS CALLES
EMPEDRADAS, NO APTAS
PARA TACONES.

la declarara uno de los conjuntos coloniales más armoniosos. Hileras de casas bajas con techos de teja, paredes blancas con misteriosos símbolos masónicos y puertas y ventanas de colores, todo como recién pintado; combinan los siglos pasados con una actividad febril que atrae a cariocas y paulistas que vienen a pasar un fin de semana romántico, así como a viajeros de todas partes del mundo. Se trata de un público exigente, acostumbrado a la buena cocina, hoteles con charme y una propuesta cultural interesante.

Da gusto perderse en sus callecitas y entrar en cada uno de los más de 30 talleres de artistas y galerías de arte como el de Patricia Sada, originaria de Monterrey, Nuevo León, que llegó a estas costas hace tres décadas como integrante de un grupo de investigación de arquitectura colonial. Sada se enamoró del lugar y se quedó para siempre. Las obras de Aécio Sarti, con sus figuras dupli-

Paraty cayó en el olvido desde 1800 hasta casi 1970, cuando, con la construcción de la autopista Santos-Río de Janeiro, fue redescubierta por los turistas.

cadas y sus cuellos Modigliani, invitan a entrar, al igual que las de José Andreas, quien pinta acuarelas de su aldea como postales, o las enigmáticas esculturas de Carlos Pollock, sobrino nieto del genial artista estadounidense Jackson Pollock. La artesanía alcanza la sofisticación y diluye la diferencia entre artistas plásticos y artesanos. Sonia Moreira diseña ropa y bijouterie con fibras, semillas y otros productos naturales del país inspirados en la herencia indígena y africana, y Laise Nascimento talla en maderas regiona-

les la gran variedad de peces de la zona. Recanto do Pinto y Armazém Paraty ofrecen hamacas de redes de colores, mantas, piezas de barro y cerámica, objetos de decoración, carteras y bijoux.

Los bares y restaurantes compiten en calidad y ambientación. En la noche, las mesas copan la calle y de cada local salen estrofas de sambas tocadas en vivo. En el restaurante Banana da Terra, la chef Ana Bueno prepara platos de autor auténticamente brasileños, como el pescado en costra de limón y pimienta



con risotto de palmitos o las croquetas de queso ahumado con banana y panceta y gelatina de pimienta. Refugio, cerca del puerto, prepara exquisitas moquecas baianas, y Punto Divino ofrece una cocina italiana de primer nivel. Cafeterías y heladerías, como Gelateria Pistache, son el broche dulce para una comida especial. Los helados de frutas locales de Pistache o un café “pingado” con un toque de cachaça y un bizcocho mineiro provocan ganas de seguir caminando. Todos estos sitios funcionan en casas del siglo XVII y XVIII respetuosamente restauradas en su interior, sin traicionar la arquitectura colonial.

Entre bares y negocios se levantan cuatro iglesias, una pasión portuguesa por domesticar tanta creencia pagana. Nuestra Señora de los Remedios, patrona de la ciudad,

Junto al puerto está el mercado de pescadores, pequeño y antiguo. Vale la pena madrugar para ver llegar a los pescadores con las redes cargadas.

de 1787, que antiguamente recibía a los pescadores y campesinos blancos; Nuestra Señora del Rosario y San Benedicto, de 1725, reservada para los negros; Nuestra Señora de los Dolores, de 1820, levantada para la aristocracia blanca, y Santa Rita, de 1772, abierta para mulatos y libertos. Esta última, con sus dos torres simétricas frente al puerto, es la tarjeta postal de la ciudad.

EN BARCO

Junto al puerto está el mercado de pescadores, pequeño y antiguo. Vale la pena madrugar para ver llegar a los pescadores con las redes cargadas. Frente al mercado está Casa Turquesa, un hotel encantador, de paredes blancas y puertas y ventanas de color turquesa. En cada detalle se nota la mano inspirada de su dueña, Tetê Etrusco, quien recibe personalmente a los



por los planes del día y sugiere opciones, entre ellas el ineludible paseo en barco por la bahía. Casa Turquesa cuenta con un espléndido velero, Espelho d'Água, que hace distintos recorridos de medio día o un día entero. Pero no es el único. En el puerto hay decenas de lanchas con motor off-shore, baleeiras —rústicos barquitos de pescadores transformados para llevar desde una pareja a un puñado de pasajeros— o las grandes escunas con capacidad para 90 personas. Las escunas parten desde las 10 de la mañana, hacen 4 o 5 paradas en islas y playas, y vuelven a las tres de la tarde. Son barcos confortables, pero no se puede elegir la ruta y, con tanta gente a bordo, se apuesta por la diversión más que por el romanticismo y la tranquilidad. Con las baleeiras basta acercarse y arreglar itinerario, duración y precio.

La bahía de Paraty —paraty es el nombre con que los indígenas tamoios llamaron al pez más abundante— posee más de 50 islas, algunas habitadas por pescadores, otras privadas con mansiones millonarias, otras con monos, iguanas y cotias, una especie de roedor. Como se trata de una bahía cerrada, sus aguas son cálidas y tranquilas. El barco zarpa y lentamente las torres gemelas de Santa Rita se van achicando en el horizonte junto con el puerto atiborrado de barcos y lanchas de colores. Con la iglesia ya fuera de vista, se puede anclar en una isla de playas desiertas y silenciosas o en cualquier punto del trayecto, cuando vengan las ganas de zambullirse. Conviene siempre llevar una máscara y snorkel —o pedirselos al capitán— para no perderse el panorama bajo el agua: además de peces, las tortugas y las rayas suelen nadar como dueñas de casa.

huéspedes e invita, como primer paso, a sacarse los zapatos y calzarse unas ojotas de color, claro, turquesa. Cada una de las nueve habitaciones tiene un canasto en la puerta donde habrá zapatos o sandalias, señal de que los visitantes están descansando o paseando. En cada habitación predominan un color y una ambientación distintas, pero en todas hay orquídeas. Mosquiteros de tul tejido a mano en Bahía caen sobre las camas cubiertas de sábanas y almohadas de una suavidad inolvidable. Un clima romántico y alegre se nota en los rostros distendidos de los huéspedes cada mañana cuando, todos con sus sandalias turquesa, disfrutan de un desayuno a medida: café Nespresso, jugos recién exprimidos, panqueque de banana frita, pastelería tibia, fruta fresca, pan casero. Teté da los buenos días de mesa en mesa, pregunta





EL MAR, EL MAR

En Paraty el mar tiene un protagonismo especial. Las fuerzas gravitacionales y las fases de la luna influyen en la marea. Cuando hay luna llena o nueva, el mar llega a su máxima baja dejando a la vista el fondo, sobre todo cerca del puerto y en las playas Do Pontal y Jabaquara. En esos días, los pescadores y dueños de los barcos de paseo deben trasladar las embarcaciones a sitios más profundos. Y cuando la marea llega a su máximo, el mar invade el centro histórico a través de grandes boquetes en la muralla del puerto y canaletas diseñados especialmente hace varios siglos. Lentamente, el agua sube hasta convertir las callecitas en ríos tranquilos donde las paredes blancas y puertas coloridas se reflejan como en un vidrio lustrado. Las casas fueron construidas a 30 centímetros sobre la vereda para que el agua se quede puertas afuera. En mareas altas normales, el agua invade las calles próximas al puerto y el mercado de pescadores. Para esos días, la dueña de Casa Turquesa reserva unas botas en lugar de las ojotas para que sus huéspedes no se pierdan la fiesta de ver a Paraty convertida en una Venecia tropical. En algunas mareas altas muy intensas, todo el centro histórico queda bajo el agua del mar y es común que la gente se desplace entonces en canoas.

Y como si el mar y la historia no fueran suficientes, la vegetación depara otra fuente de asombro. El río Perequê-Açu



bordea uno de los costados del casco histórico. Después de cruzarlo por un puente peatonal empieza una caminata en subida sobre el Cerro del Forte, donde están, precisamente, las ruinas de un antiguo fuerte portugués. Desde lo alto se ve Paraty, como una grulla blanca junto a la bahía. Bajando el cerro está la playa Do Pontal y, tras otra corta caminata, la playa de Jabaquara, donde hay algunos bares. Como compañera omnipresente, la floresta tropical, el potente pulmón verde brasileño con árboles de gran porte y arbustos que albergan un millar de especies de aves y 250 mamíferos. Cuesta imaginar cómo

sería este gigante verde antes de la llegada de los europeos, cuando ocupaba 15% del territorio de Brasil. El primer árbol se cortó para hacer una cruz y celebrar la primera misa, y luego siguieron con las plantaciones de caña de azúcar y de café que la redujeron a una sombra de lo que fue. Hoy la floresta está protegida dentro de la Reserva Ecológica de Joatinga y ofrece a esta región sur del litoral brasileño un marco inigualable.

Progreso o retroceso, la historia no detiene su marcha. Y allí está, entre la vegetación salvaje y el mar, Paraty, un capítulo en la marea de conquistadores y conquistas.

Guía práctica

CÓMO LLEGAR

TAM LÍNEAS AÉREAS

www.tam.com.br

DÓNDE DORMIR

CASA TURQUESA

Rua Doutor Pereira 50,
Centro Histórico
T. +55 (24) 3371 1037
www.casaturquesa.com.br

POUSADA CORSÁRIO

Rua João do Prado 26,
Bairro da Chácara
T. +55 (24) 3371 1866
www.pousadacorsario.com.br

POUSADA PORTO IMPERIAL

Rua Tenente Francisco
s/n
T. +55 (24) 3371 2323
www.pousadaportoimperial.com.br

POUSADA ARTE URQUIJO

Rua Dona Geralda 79,
Centro Histórico
T. +55 (24) 3371 1362
www.urquijo.com.br

DÓNDE COMER

BANANA DA TERRA

Rua Doutor Samuel Costa
198, Centro Histórico
T. +55 (24) 3371 1725
www.restaurantebananadaterra.com.br

PUNTO DI VINO

Rua Marechal Deodoro
129, Centro Histórico,
Praça da Matriz
T. +55 (24) 3371 1348
www.puntodivino.com.br

RESTAURANTE ARPOADOR

Rua da Matriz 7
T. +55 (24) 9812 1606

REFÚGIO RESTAURANTE

Praça do Porto 1
T. +55 (24) 3371 2447
www.restauranterefugio.com